



MERCADO DE ABASTOS DE VERÓNICAS. MURCIA

Discreción

JORGE HIERRO ÁLVAREZ

Cómo son? ¿Quiénes? ¿Ves las luces? ¿Estás al corriente? ¿Qué te pasa? Descoordinado, Ricardo Salazar se levantaba del suelo. Había sido golpeado en la cabeza por un grupo de jóvenes de su edad, quizás algo más mayores o quizás algo más pequeños, pero era lo mismo, que los golpes los tenía bien marcados en el rostro y en el cuerpo. A su lado se encontraban varias personas y una de ellas, algo preocupada, que de eso se acuerda, le miró con desaprobación y le sugirió que había que llevarle a que le viera un doctor lo antes posible, que él se prestaba al traslado. En el Hospital Virgen de La Arrixaca las cosas no mejoraron en absoluto. Era viernes y eso significa "Urgencias". Chicos jóvenes, mayores con problemas respiratorios y un elenco de colectivos sociales a la espera de habitación transitoria o permanente, pero con el ojo visto en la hora: las dos de la madrugada. Ricardo no se acordaba de nada, pero sabía que no se encontraba muy bien en términos generales. Moratones y el espejo, en el que veía una cara destrozada cubierta de sangre y con las cejas abultadas por el hinchazón. Sentado en la sala de espera, aguardaba su turno para ser atendido, todavía cansado, dolido y con el señor a su lado, un tipo de 40 años, de los que salen en las películas cuando las cosas no van bien y te decepcionan por su poco tacto.

El tipo era erguido, se mostraba algo fuerte, con envergadura suficiente para trabajar como portero de noche. "Sí, debe ser eso, me debía de encontrar en un polígono, o en una zona de bares, en Murcia, recién llegado a la ciudad, pero ¿y mis amigos? ¿Dónde puñetas están? ¿Qué pelotas hago yo aquí?"

Era su turno. El médico de urgencias del servicio de traumatología no le miró con buena cara y le señaló la camilla para que se tumbara boca arriba, cuestión que Ricardo tardó en hacer algo más de



lo habitual. Explorado, con algunos comentarios acerca de qué es lo que le había ocurrido, el doctor, de nombre Alberto González, de unos 29 años, imberbe, recién licenciado, de los que hacen turnos de noche porque el sistema no les permite algo más, se ganaba la vida haciendo las guardias y las tardes, que el turno de mañana le había dejado descolocado. Con bolígrafo Bic de color negro apuntaba las observaciones en el informe médico y empezaba de nuevo a hacer las preguntas típicas de estos casos.

–Vamos a ver, por favor, necesito que me digas qué ha pasado por varias razones. La primera –el doctor estaba preocupado debido a las heridas de la cara y la espalda–, necesito saber si te acuerdas de algo, como por ejemplo, si te han golpeado con un bate de béisbol, ya que tienes varias costillas rotas, la nariz partida y un grave problema de visión en el ojo derecho, aunque de esto no me puedo ocupar yo, veo que lo tienes oculto debido a los golpes que te han dado en la cara. Me temo que te vas a tener que quedar una temporada con nosotros. –Esperando y mirando a Ricardo más detenidamente, el doctor González se propuso desvelarle su segunda preocupación, pero antes miró su reloj, el de la sala, que marcaba las 3 de la madrugada. Cansado, esperó que Ricardo dijera algo.

–No sé, no sé nada...

–Mira, sé que es complicado, pero cuando salgas de aquí, vamos a tener que presentar una denuncia a la policía y debes saber que están en camino, por lo que preciso que me digas todo lo que puedas. Si quieres descansar, siempre existe esta opción, déjalo en mi mano, y, si

confías en mí, no tengo problema alguno en encargarme del papeleo oficial y presentar el informe mañana por la noche en la comisaría.

Desconcertado, tomó la iniciativa, salió del despacho y avisó a una de las administrativas para que fueran buscando habitación. Con el DNI en la mano, volvió a hacer una ficha de registro nueva y apuntó los datos del paciente en el informe de urgencias ante la atenta mirada del acompañante, que, al igual que él, estaba esperando la llegada de los policías que fueron avisados por teléfono.

Volvió a la sala, observó a Ricardo y le ayudó a incorporarse de la cama y a vestirse con la ropa del hospital. Una vez fuera, torcieron a la derecha y le subieron a la planta tercera. Encendió las luces y, viendo que nadie estaba en la habitación, le dijo: “¡Vaya, me parece que vas a tener suerte! ¡Te toca dormir solo en la suite!” Una vez fuera, habló con la enfermera para que le administrara los medicamentos correspondientes y le dejó una copia para el doctor del turno de mañana, al cual, como a todos, no le gustaban las sorpresas.

Se alejó de allí y tomó la dirección del ascensor. Había algo que le sorprendía: “¿Cómo narices ha salido vivo de ésta?” En la planta cero observó que los policías estaban con el hombre que había recogido a Ricardo y le estaban haciendo unas preguntas de pura rutina. Por su parte, el doctor iba a ser llamado en cuestión de minutos y sabía cómo funcionaba el protocolo del hospital en este caso: pasar informe y responder con frases cerradas, para sentenciar las dudas.

Ataviado con cazadora negra, fuerte y alto, el hombre parecía un trabajador del mundo de la noche. “Tipo duro”, pensó Alberto, que no le quitaba ojo y se quedaba con todos los rasgos. De pequeño siempre disfrutó con la lectura de las novelas de Agatha Christie y Georges Simenon, o todas las que tuvieran que ver con el misterio, como las de Conan Doyle, pero ése era el pasado, oculto en las oscuridades de la edad, antes de aprender el oficio que dejó Pío Baroja y que sólo le valió la experiencia para la redacción de una fantástica obra llamada *El Árbol de la Ciencia*. Siguiendo con el transcurso de los acontecimientos, oyó que se llamaba David Jiménez y que se dedicaba a la seguridad del Polígono de “Los Costaleros” por la noche y que trabajaba por las tardes en el Mercado de Abastos de Verónicas, en la zona este de la ciudad. Una vez acabaron con él, los agentes le tomaron la palabra.

–Buenas noches, doctor –le anunciaron los dos policías, uno más alto que el otro y con cara de pocas amistades, ojeras y algo de rutina en la utilización del verbo.

–Buenas noches –contestó Alberto, sin retirar la mirada.

–Vamos a ver, según tenemos entendido por las personas que hemos interrogado hasta el momento,

parece que el paciente al que usted ha atendido se llama Ricardo Salazar, de unos 27 años de edad, aunque supongo que el informe preliminar lo tendrá delante para que nos hagamos una idea de quién es el sujeto y de dónde sale –uno de ellos le miraba con poca atención. El cansancio era evidente. A ninguno de los tres les gustaba el trabajo y menos el papel que tenían que asumir a lo largo de sus vidas. Al menos, estaban a tiempo de cambiar por cuestiones de edad.

–Sí, así es –contestó de forma reposada y levantando una de las copias. –Pero –esta vez se dirigió más pausado e indirecto que el saludo final–, me gustaría señalarles que ha tenido mucha suerte de salir vivo a juzgar por las heridas que presenta. Tiene tres costillas rotas, uno de los ojos...; bueno, no soy especialista, pero es posible que haya perdido la visión del mismo y la espalda, ésta es otra, no sé, que vamos a tener que mantenerlo bajo observación varias semanas. Además, como podrán ver, sufre amnesia parcial, o bien, una pérdida del conocimiento momentánea provocada por los golpes constantes que ha sufrido en la cabeza. De verdad, lo tienen todo aquí y si desean más información, les voy a dar el nombre y apellido del doctor de las mañanas para que se pongan en contacto con él lo antes posible, aunque es de suponer que no les tocará a ustedes seguir con la investigación –había dado en el clavo: parecía él más interesado en el caso que los propios policías.

–Sí, bueno, miré, gracias por las recomendaciones y nos quedamos con el informe. Nos pondremos en contacto con usted mañana y vamos a ver si podemos hablar a lo largo de la semana con el paciente para ver si recupera su maltrecha memoria –la ironía y el sarcasmo eran fruto de una larga noche de café, aburrimiento y conversaciones alrededor de la figura de la mujer, el jefe de policía y los compañeros de trabajo. Los dos policías se miraron y se despidieron del hospital, que el sueño vence y había que respetar los turnos de trabajo de los demás.

Alberto se fue a su sala. Ya no tenía más pacientes y era el momento de irse a casa, pero antes decidió pasarse por la habitación de Ricardo para saber cómo estaba, si se encontraba consciente o no. Asomado, vio que éste estaba profundamente dormido bajo los efectos de los tranquilizantes administrados. La auxiliar pasó delante del doctor y le comentó que seguía el protocolo convenido, pero anunció que “mañana va a ser un día de dolor”, a tenor de las heridas producidas.

Ahora, que estaba a punto de amanecer, era el momento de marcharse a dormir y relajarse.

La vida para Alberto no había sido sencilla. Nació en Madrid y sus padres le obligaron a estudiar medicina. Era la herencia familiar. Su padre, jefe de Área del Hospital La Paz, era una persona muy conservadora, con las ideas muy claras, disciplinado, de profundos ojos negros, alto y distinguido en el cuerpo de médicos por su valía como profesional. Por su parte, “no todo el mundo sale a sus padres”, recordaba Alberto una vez metido en su coche.

Salió de la carretera y condujo hasta una de las urbanizaciones de nueva construcción localizadas a 15 kilómetros de Murcia, pero antes, quizás motivado por la novedad, decidió pasar por el polígono de copas, donde Ricardo había sido apaleado. Coches, ruidos, jóvenes en estado de embriaguez y la música a tope le invitaban a alejarse, pero obstinado aparcó al lado de “El Muelle”, uno de los bares de moda, de los que





viven una segunda época después de la caída del “bacalao” y reconvertido en local de tecno. En la puerta, a pesar de la hora, se encontraban dos porteros de mirada desafiante. Corte de pelo a cepillo, gafas de sol, pinganillos en la oreja y de traje. Sin mirarlos, Alberto se metió en el local. No sabía el motivo ni las razones por las cuales optó por “El Muelle”, pero siempre pensó que era el de moda, al que todo el mundo deseaba entrar un fin de semana con unas copas de más. En seguida reconoció cómo funcionaba.

Ante él, una pista de baile con unas cien personas cargadas hasta arriba, botella de agua en mano, gafas de sol y movimientos aleatorios. En los reservados, haciendo un esfuerzo a pesar del cansancio que llevaba, reconoció al hombre que ayudó a Ricardo en el traslado del hospital, pero él pareció no recordar su cara, o bien estaba fingiendo. Después de avanzar unos metros, llegó a una de las barras del centro de la sala y pidió un vodka con lima a la camarera, la cual le guiñó el ojo y le preguntó si venía a menudo. Alberto, por su parte, le dijo que no, que no era su hora de pasarlo bien y dejó que ésta se fuera a por las dos botellas. Una vez pagada la consumición, se dio la vuelta y una

persona le empujó a la derecha. Evidentemente, sabía cuando era un ligero golpe seguido de un perdón, pero también discernía de lo que era una provocación sin disculpa, por lo que optó por dejarlo estar y vio cómo un tipo de unos 24 años salía cargado de pastillas. Provocador o provocado, Alberto siguió a lo suyo y vio que el “tipo duro” se había marchado. Recordó su nombre, David Jiménez, y en donde trabajaba, en el Mercado de Abastos de Verónicas, pero en horarios de tarde, en la primera planta, al lado del comercio del “Caqui”, conocido por el pescado fresco y de calidad y otros asuntos.

A la memoria le vinieron los primeros años, cuando sus padres, que tenían una casa en el centro de Murcia, al lado del Convento de Verónicas, muy cerca del Ayuntamiento, le llevaban de compras en los cálidos veranos y le enseñaban el centro, los edificios de corte clásico de una ciudad que siempre fue su segunda casa, su segundo lugar de residencia. De eso, con amargura, se acordaba y de otros aspectos, como cuando conoció a Blanca y ésta, gallarda ella y de corte italiano en la cara, como las morenas del sur, marchaba de sus brazos para casarse con un gilipollas que era compañero suyo de facultad en Madrid. Acabó la copa y salió del local. Sacó las llaves del coche del bolsillo derecho y alguien le tocó el hombro para que se diera la vuelta. Era David, el fortachón.

—¿Cómo te va? —le preguntó.

—Estoy en ello; ya sabes, me he venido a dar una vuelta.

—Sí, sí, creo que me hago a la idea. Eres el tipo del hospital, el que ha atendido al tipo ese que estaba tirado hace unas cuantas horas. ¿Qué cojones haces aquí? ¿Estás de investigador o algo así? —con desafío en la mirada, le sacaba unos cinco centímetros y algo de envergadura, pero Alberto se contuvo, no torció la mirada y dejó que acabara.

—No, no sé de qué me hablas. He venido a ver a una amiga.

—Te crees que soy uno de tus puñeteros pacientes. Sabía que ibas a dar problemas una vez que nos encontramos en el hospital, al lado de los policías. Mira, te voy a dar un consejo, que es gratis, vete a la mierda y sal de aquí cagando leches. Esto te supera, ¿entiendes? —Alberto lo entendía, pero estaba harto, harto de que le dijeran lo que tenía que hacer a todas las horas y rellenar informes en el hospital, por lo que con una rapidez insólita, se abalanzó sobre él y, con una llave, lo dejó en el suelo y bocabajo para advertirle.

—Vamos a ver si te enteras, pardillo. Me vas a decir qué cojones habéis hecho con el chaval en cuestión de segundos, ¿lo estás entendiendo? —las cosas habían cambiado de posición y orientación. Ahora, Alberto mandaba la situación y estaban en el callejón oscuro, solos, sin nadie que les viera, aunque estaba



amaneciendo poco a poco, pero la luz era escasa, por lo que tenía unos cuantos minutos antes de que los amigos del “tipo duro” vinieran a ver qué es lo que pasaba.

–Olvídate de esto, no tiene nada que ver contigo, vuelve a tu casa y no te mezcles.

–No me digas lo que tengo que hacer, no me vengas con historias y dime de una vez qué le ha pasado al chico ése, pero ya, en cuestión de segundos.

–Vale, vale, afloja un poco – Alberto, le soltó, pero el puño lo tenía levantado, por lo que le dio la vuelta para colocarlo de frente para controlar la situación–. Mira, se metió en el lado equivocado. Aquí tenemos dos bandas, una que trabaja por libre y otra de forma oficial, no sé si me explico. Ya sabes lo que manejamos en los locales de noche. No es nuevo. Las drogas de diseño y la cocaína pertenecen a la fauna en la que vivimos. El tipo éste se equivocó y dio la jodida casualidad que era uno de los que controlaba.

–¿Controlar “el qué”, payaso?

–No te enteras de nada, “panzo”. Era imbécil. Se la jugó, se metió en la red, alguien se enteró, hubo chivatazo y le dejaron a merced de unos cuantos, ¿lo comprendes? – Alberto veía las cosas con más claridad. Joven, Ricardo, a pesar de que no informó de ello (le había revisado la ropa cuando se la cambió en la sala), portaba una pistola de pequeño calibre, varias tarjetas en la cartera y dos mapas con el diseño de dos mercados de abastos de Murcia. Sin embargo, los dos policías ni se inmutaron, nada, que pasaron, lo dejaron todo en manos del médico de las mañanas para una posterior revisión, pero ni siquiera le pidieron con insistencia pasar a verlo. Un infiltrado en Murcia. Curiosa historia.

–Ya lo sabes, ahora lárgate de aquí y te mantendré al margen. Deja de hacer el idiota, éste no es asunto tuyo.

–¡Qué te jodan! –acto seguido, Alberto la asestó un puñetazo en plena cara, que lo dejó inconsciente, por lo que se marchó de forma rápida, pero antes aprovechó para sacarle la cartera y tomarle los datos. Parecía que a partir de ahora su vida iba a dar un giro. Una de traficantes. Interesante capítulo para su aborrecida existencia.

Se montó en el coche y salió disparado al Mercado de Abastos de Verónicas, en el este de Murcia. Sabía que allí tenía que verse con alguien, quizás un contacto de los de su padre, de esos que son de confianza y no preguntan más de lo que deben. Para sus adentros, Alberto estaba pensando en la noche que llevaba. Un tipo que es un policía llega con una paliza de muerte al hospital, lo trae un portero de discoteca, los agentes pasan y él, que poco o nada tiene que ver, desea convertirse en el héroe de una historia con un inicio trepidante y armado de valor en una sociedad que siempre ha considerado egoísta, materialista y algo afligida.

Cosas del destino, era el momento de revivir una historia de pasión, sin modelos a seguir, con la idea de dar por concluido algo que empieza y que llega como agua de mayo. Sacó el móvil, mientras conducía por la

autopista, y se puso al habla un amigo suyo que trabajaba en uno de los puestos. Martín, dormido y en horas bajas, le contestó la llamada.

–Vaya, pero si es Alberto. ¿Cómo lo llevas?

–Oye, mira, estoy en un lío de los gordos y ahora no te lo puedo contar. Necesito varias cosas, por favor. Necesito que me digas quién es un tal David Jiménez, un tío fuerte que trabaja por las tardes en el Mercado de Verónicas; ya sabes, que es urgente.

–Vale, vale, bueno, mira, pásate por aquí, por la oficina, en 25 minutos. Son las ocho y media de la mañana, ¿sabes? No son las mejores horas para llamar a los amigos y molestarles con preguntas que pueden llevar a equívoco. Por otro lado, espero que no estés metido en ningún “follón” –Martín era de los pocos fieles en la ciudad. Tenía tres locales en tres de los mercados más importantes de Murcia. Se dedicaba a la venta de carne, pero siempre le habían gustado los negocios. De reputación reconocida, le podría ayudar a descubrir algunas cosas.

–Estaré allí en cinco minutos.

Después de la conversación con éste, Alberto se enteró de algunas cosas, de cómo funcionaban los mercados de drogas blandas y algo más. Pero lo que estaba claro, asunto que no había hablado con Martín, era la implicación de un policía en ello, ya que eso demostraba que algo grande podía ocurrir en las próximas horas y todo estaba relacionado: “El Muelle”, la teórica ayuda del portero en el desplazamiento del infiltrado y la no implicación de sus compañeros, que parecía que sólo deseaban cumplir con el trámite. El próximo turno de entrada en el hospital se produciría a las 9, es decir, contaba con 20 minutos para llegar allí, intentar hablar con Ricardo, ayudarlo, conversar sobre el caso y hacerle algunas preguntas, aunque entendía que los acontecimientos se estaban precipitando de una manera descontrolada.

Estaba cansado, no había dormido nada, pero con ímpetu aparcó el coche en el aparcamiento y bajó de éste para tomar el ascensor que le llevaría a la tercera planta del hospital. A diferencia de unas cuantas horas atrás, había dos policías en la puerta, varios medios de comunicación desplazados, entre ellos Telecinco, Televisión Española y Radio Nacional de España. La cosa se ponía interesante. Subió sin ser visto, paso a paso, por las escaleras y en dirección a la habitación del paciente, de forma discreta y sigilosa. No había nadie en la puerta, por lo que pasó sin avisar y vio que la auxiliar le ayudaba a incorporarlo para quitarle los vendajes de la cabeza. Con un breve movimiento de cabeza, la enfermera se marchaba para dejar a Alberto con las tareas de limpieza y el lavado parcial del ojo derecho, una de las zonas más afectadas por los golpes recibidos.

–Oye, ¿me escuchas? –le dijo suavemente, mientras le aplicaba un poco de pomada en los pómulos.

–Claro, claro que te escucho. ¿Se puede saber quién eres? –la pregunta era forzada, agresiva, en un tono despectivo. Muchos días sin dormir y la jerga de los chavales aplicada al vocabulario de un policía maltrecho, que juega a ser convicto para hacer los deberes y se encuentra machacado.

–Verás, aunque te suene extraño, soy un amigo. Estoy enterado de todo. En primer lugar, soy doctor de este hospital en el turno de noche, que es cuando has venido. Me he enterado de que en el fondo eres un policía que estabas infiltrado en el asunto de mafias de la ciudad, y que has abierto varios contactos en la zona del Puerto y en uno de los mercados de Murcia, lo cual, siendo honestos, es una bomba para los medios de comunicación y para tus amigos, que dicho sea de paso no han mostrado mucho interés en ti, aunque no sé si es porque los de arriba te dan por perdido, o bien es porque ya no les eres útil. Sea como fuere, no me interesa. El caso es que encontré varios mapas del Mercado de Verónicas en tus bolsillos, una pistola, y nada de eso, absolutamente nada –Alberto se tomó un respiro– está escrito en ninguna parte, ¿me sigues?

–Te sigo; cansado y jodido, pero te sigo.





–Vale. Ahora se trata de dar nombres. El tipo que te trajo al hospital es un tal David Jiménez, que trabaja de portero en “El Muelle” y de descargador al lado del local del “Caqui”, y he mantenido una breve entrevista con él hace un par de horas, en su zona, por lo que ya sé de qué va el tema. Dos bandas, movimiento y política, es decir, lo que nos faltaba, pero no se me olvidan los medios y unos compañeros tuyos que están ahí abajo, esperando el turno para ver cómo estás.

–¿Qué has puesto en el informe?

–Le miró con un ojo, aunque el otro, milagrosamente, no se encontraba tan mal después de todo.

–Que estás con tres costillas rotas,

perdida de visión y machacado, ¿qué quieres que ponga? – Alberto, sorprendido, notaba que Ricardo era algo más fuerte de lo que había deducido, por lo que los dos se miraron y comprendieron lo que tenían que hacer.

Diez minutos después, estaban montados en el Ford Focus de Alberto, iban a 180 km/h por la autopista y con una dirección en la cabeza: la del Mercado de Abastos de Verónicas. A las 10 de la noche, según el soplo, se iba a llevar a cabo el enfrentamiento entre las dos bandas por el control de las drogas de diseño. La jugada era matar a “Caqui” cuando saliera del local, tal y cómo se lo habían dicho por la noche a Ricardo, uno de sus contactos en “El Muelle”. Sonaba sencillo, pero una vez derrocado el líder caía el resto de banda como si fueran piezas de dominó en un juego que estaba premeditado, sentenciado con prioridad y donde nadie salía beneficiado. El plan era simple. Unos 18 metros de altura separaban la infraestructura del mercado de la calle, por lo que una vez que “Caqui” se marchara le iba a caer un trozo de andamio de las nuevas obras de reforma. La idea original era parar el posible asesinato.

–Vamos a pasar por mi casa, en la calle Arco.

–Vale, te llevo. ¿Qué tienes que coger?

–Adivina.

–Perfecto, en cinco minutos estarás en tu casa.

–Curioso, llego a un hospital, me pegan la paliza de mi vida y me veo ayudado por un médico de urgencias. Es una historia de lo más estimulante, sin lugar a dudas. Lo que todavía no he llegado a entender es por qué has estudiado medicina, es decir, si esto de la investigación se te da tan bien.

–¿Estás de coña? Lo mío viene de familia. En España las cosas funcionan por herencia, raíces y no más. Mi padre ejerce en Madrid y estudié por imposición. De policía no tengo nada, vamos, que ni el cuerpo ni el aguante, ni nada por el estilo. Lo único que he leído son novelas de Michael Connelly, Raymond Chandler, Georges Simenon, Arthur Conan Doyle o Graham Greene.

–No sé, no les conozco y me duele la cabeza. Al menos, por lo visto, tienes teoría y te falla la práctica, pero hoy te vas a diplomar. Muy bueno el golpe al tal David Jiménez. Le has echado ganas al asunto. Que le den por el culo. ¿Sabes? Era un comemierda, pero habrá dado el soplo de lo tuyo.

–Sí, supongo que sí –Alberto estaba adormilado, de la misma manera que Ricardo. Conducía deprisa por el centro y estacionó al lado de la actual Cámara de Comercio, para que bajara a por el material. Parecía un individuo con aguante, ya que a pesar de todos los golpes, se manejaba por sí solo, aunque no dejaba de levantar ciertas miradas por parte de la gente que estaba en la calle.

Una media hora después, apareció con dos bocadillos, duchado, apestando a colonia barata y con una cinta de Black Sabbath. El tío tenía agallas.

–Camina, nos movemos.

–De acuerdo, jefe.



A las 9 de la noche ya estaban preparados, y Ricardo, que era un tipo de pocas palabras, le contaba de forma escueta su vida a Alberto. El movimiento ya estaba empezando. Dos trabajadores se habían subido al tejado del mercado y estaban manipulando unas correas. Por otro lado, según lo veía Ricardo, llevaban un maletín, por lo que la cosa, dedujo, iba a ir de armas. Con un desplazamiento de cadera, accedió a la parte oeste, por donde comenzarían las obras en breve y se metió en el elevador. Tenía una hora, escasa, pero lo suficiente para bajarlos y evitar que la balanza de la justicia quedara declinada a favor de una de las dos bandas de la ciudad. Por su parte, Alberto, expectante, tenía como objetivo avisar al “Caqui” y trasladarlo al coche para evitar el desastre. Ya no era una cuestión de buenos o malos, sino de política y de medallas en la prensa, asunto que le daba algo de temor después de los últimos acontecimientos del día. En apenas diez

minutos, había llegado al local y con un simple “toc” en la puerta, el “Caqui” salió a recibir a Alberto, de forma cauta y extrañada. Éste, desconfiado, le abrió la puerta y le preguntó: “¿Qué es lo que quiere?”

–Por mi parte, nada en especial, pero mejor que salga conmigo de aquí y por la puerta trasera antes de que la joda y se vaya al otro barrio.

–¿De qué me habla?

–De algo muy sencillo, se lo aseguro. Unos tíos esperan a que salga de su local para matarlo, ¿lo capta?

–A la primera, ¿qué hacemos?

–Siga conmigo todo el rato. El coche lo tengo al final de la calle.

Una vez en éste, Alberto esperaba los acontecimientos. Esto había sido sencillo, pero Ricardo se la estaba jugando a 18 metros de altura. Pasados diez minutos, dos figuras con las manos detrás de la cabeza caminaban hacia el Ford Focus de Alberto y, en la lejanía, se escucharon varias sirenas de policía. Caso cerrado.

*En memoria y reconocimiento a Graham Greene
como autor distinguido y maestro de la trama*

JORGE HIERRO ÁLVAREZ
Periodista

MERCADO DE ABASTOS DE VERÓNICAS. MURCIA



Fue construido en 1914 y en la actualidad tiene dos plantas. La fachada del mercado es de corte neoclásico y el edificio en sí ha sido declarado “Monumento Regional Artístico”. Cuenta con dos ascensores, dos montacargas y unas escaleras mecánicas que permiten el paso de una planta a otra. En la de arriba se encuentran los comercios dedicados a la venta directa de frutas y verduras, así como de frutos secos, y en la de abajo, las carnicerías y pescaderías. El Mercado de Abastos de Verónicas está ubicado en el Plano de San Francisco y se encuentra al lado del antiguo Convento de las Verónicas, que es ahora un museo abierto al público, cerca de la calle Arco de Verónicas.